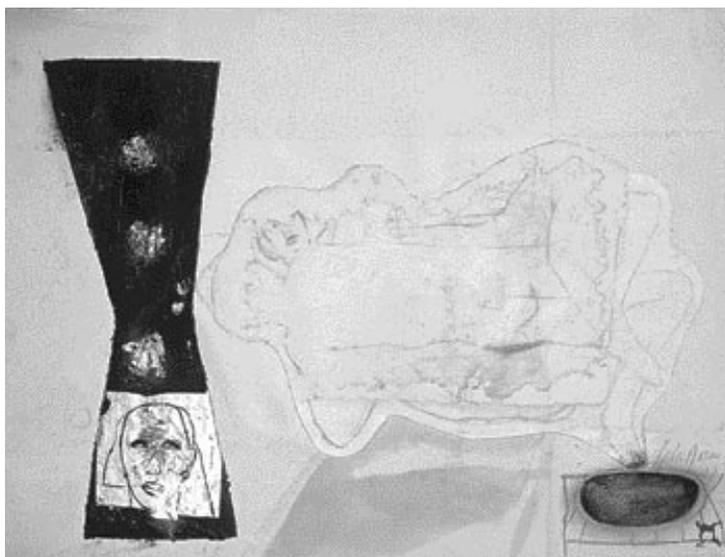


# Náufrago del desamor

*Sobre Causa de vida de Alejandro Aura*

Eduardo Vázquez Martín



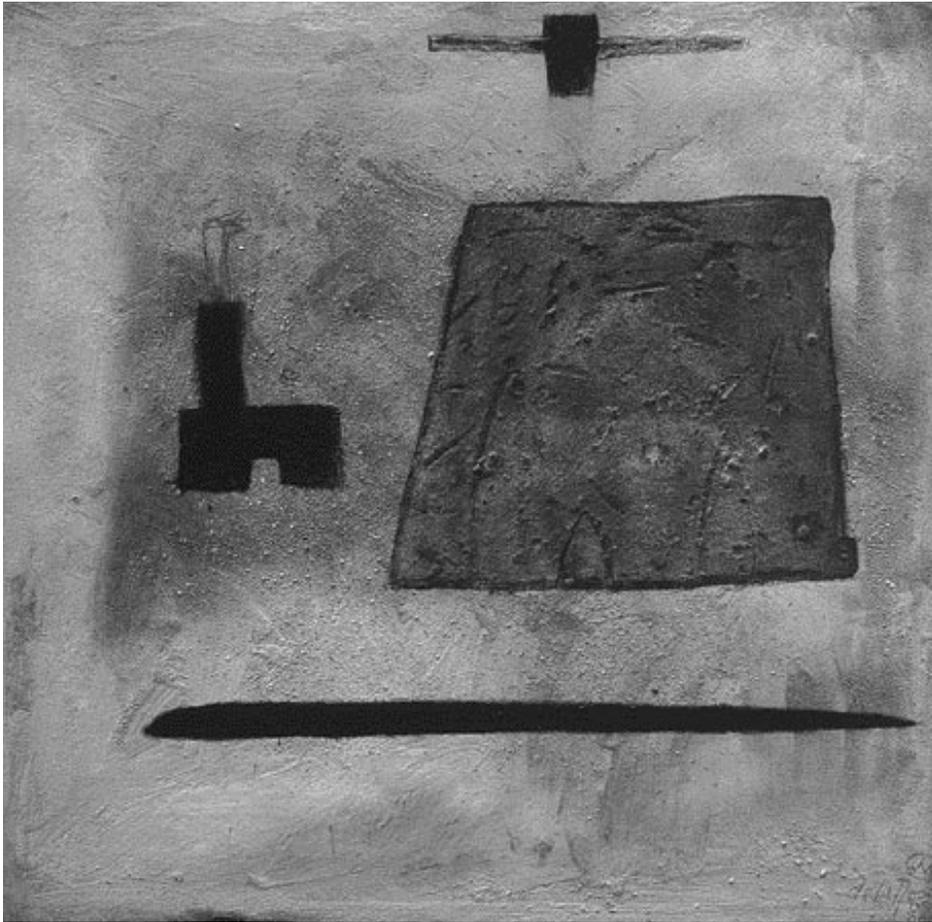
Juan Manuel de la Rosa, *Doliente*, 1998

El presente texto acompaña el disco de Alejandro Aura en la colección Voz Viva de México, con portada e ilustraciones de Juan Manuel de la Rosa, a punto de aparecer.

Alejandro Aura es ante todo un poeta, es decir, alguien que nos dice, a su manera, con renovado asombro y voz propia, las mismas cosas de las que han hablado desde siempre los poetas: el amor, las ciudades, el gozo y la desdicha, las aventuras de la vida, la belleza, el desencanto. Es un poeta de verdad que escribe porque no tiene más remedio que hacerlo, porque si se quedara

callado la existencia le sabría a menos, porque al decir lo que ve, lo que le pasa e imagina, siente que de veras está vivo. También es un poeta en toda la extensión del término porque su decir es plenamente consciente del valor de las palabras con que se expresa, de los frutos prodigiosos de su lengua, es decir de su experiencia como lector y como conversador. Este poeta es de aquellos que degustan con placer similar los encuentros de Quevedo y las sorpresas del mercado, los versos de López Velarde y los ingenios verbales nacidos en los barrios.

Dos fueron sus grandes maestros: Efraín Huerta y Juan José Arreola. Los conoció en la vida literaria del México de los sesenta, aquella que no tenía su capital fundamental en las aulas ni en la academia sino en los cafés, las calles, las redacciones, la Casa del Lago en Chapultepec, las galerías de moda y los teatros. Si algo le aprendió a Efraín fue la risa, gracias a él sabe que el poema no es necesariamente un espacio que expulsa al que entra en él de buen humor, libre de la solemnidad y de las togas y birretes. La Ciudad de México como territorio del verso, su tráfico de cuerpos y de historias, su complicidad con el caos jolgorioso y melancólico, la celebración de sus ruinas y milagros, es probablemente otro fuerte vínculo de Aura con la temperatura poética del gran cocodrilo.

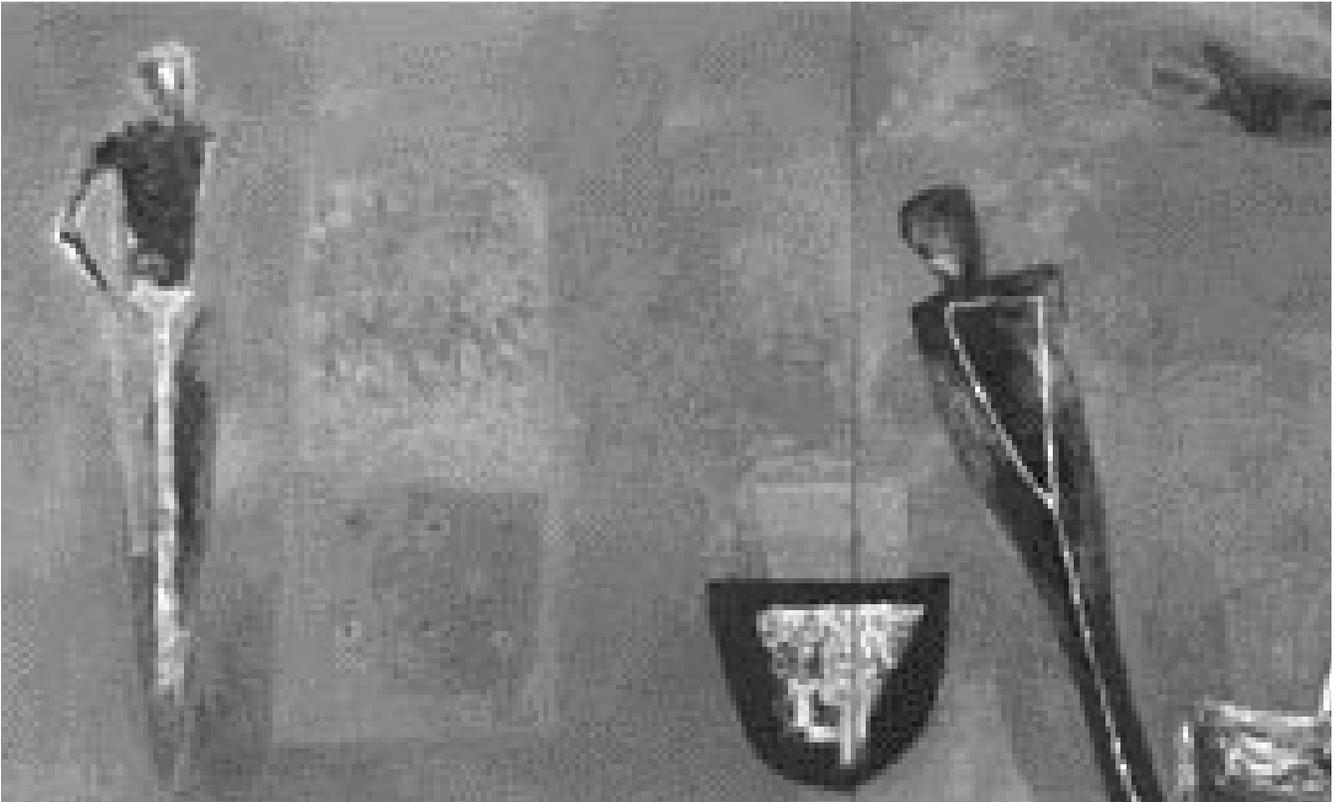


Juan Manuel de la Rosa, *Laguna venezolana*, 2001

Con Arreola descubrió que la poesía es una forma privilegiada de la voz humana, que poco ganaba la poesía con olvidar su origen oral, ritual y juglaresco, que antes que nada es oficio, trabajo de maestro ebanista, donde el genio y el ingenio visitan al que se corta con el filo de las herramientas y hace uso de ellas con la destreza que procura la fidelidad a su trabajo. Mucho más, seguramente, le concedió la generosa presencia de Arreola, esa fuente magnífica de nuestras letras, que afinó con su precisión el oído de quienes lo han leído y escucharon. El genio genuino, el encuentro de la sabiduría de la cultura más refinada con la curiosidad de un niño, eso es lo que el autor de *La feria* regaló a quien lo quiso.

La poesía, el teatro y las calles de la Ciudad de México fueron la tabla de salvación del joven Alejandro Aura, un náufrago en las aguas muertas del desamor, sin apenas padres, crecido entre los

prejuicios y temores de una abuela, en una pobreza apenas disimulada, sin clavo en la bolsa, en el barrio de San Rafael, en la periferia del centro de una ciudad que se transformaba por una revolución demográfica y social, política y cultural, que ofrecía un sitio a millones de emigrantes del campo y las provincias, pero que todavía mantenía un cierto orden urbano frente al caos que ya se acercaba. Ciudad donde la radio todavía transmitía música en nuestra lengua, boleros, sones, rancheras, las radionovelas de Chucho el Roto y Kalimán, donde los salones de baile y las grandes orquestas aún no eran marginadas por la cultura del ocio que vende Norteamérica y donde los estudiantes pronto se enfrentarían con el régimen oficial de los licenciados autoritarios herederos de los generales de la Revolución. Con el aire fresco de los sesenta, iniciándose en los escenarios y las lecturas, cuando la minifalda hacía su aparición



Juan Manuel de la Rosa, *Mural*, 1997

pero la moda pachuca no dejaba el barrio todavía, Alejandro Aura se acercaba a los talleres literarios y a las tertulias *snoobs* de la Zona Rosa, simulando prisas para no sentarse y pasar el bochorno de no tener para pagar los capuchinos; era entonces joven, ambicioso, seductor y quería participar de la conversación de su tiempo, hacer oír su voz. De aquel entonces son estos versos:

Fuimos  
     niños náufragos  
         de algo.  
 Adolescentes  
     náufragos.  
 Pero ahora las banderas  
         las izamos nosotros  
         y movemos  
             nosotros  
             los timones.

.....

Creemos en los hombres  
 que se abren la camisa,  
                     sin vergüenza,

para que se sepa  
         bien  
             con quién se trata.  
 Somos los dueños  
         desde la segunda mitad  
             de este siglo  
             hasta la muerte.

Somos los inventores del amor sonoro.  
         Los amantes del amor sonoro.

Arriba, amor,  
 irrumpe en la calle  
         y haz lo que te toca.

Entre aquellos versos de 1963 y los que ha escrito después hay más de diez libros donde el poeta ha creado un universo muy variado en formas y temas, del poema largo y narrativo al poemínimo; obra de una coherencia vital más que formal, que nace de ese reto inicial, de esa declaración de emancipación juvenil (que confirma que hablaba en serio entonces), pero también que



la vida no es una plaza que se puede tomar como un cuartel en medio de la euforia revolucionaria de la juventud, sino una experiencia menos exaltante quizá, pero más rica en matices y provincias. Nunca ha dejado Alejandro Aura de celebrar la vida, sobre todo las formas domésticas de la felicidad: los elementos de la cocina y el mercado, los hijos y la luz, la piel de la mujer y los viajes, pero a pesar suyo (por él la vida sería una fiesta solar sin fin), ha tenido que volver a sus heridas, y como poeta genuino, es decir, aquel que no ve al verso como un artículo decorativo o de prestigio social sino como una forma de conocimiento y de expresión urgente, las tesituras emotivas y vitales de Aura han visitado otros espacios menos celebratorios y gozosos, menos vitalistas, menos, digamos, auristas, porque sus paisajes del brindis y el canto, a los que se aviene con evidente comodidad, no se han convertido en cárceles estilísticas ni formales.

Tomás Segovia ha reflexionado con lucidez sobre el lugar marginal que ocupa Alejandro Aura en la ponderación de la crítica; ha emprendido lo

que llamó la defensa de Alejandro Aura contra sí mismo, es decir, contra la apreciación de su poesía que muchas veces la relega por aparentar una feliz relajación formal e intelectual y no participar de la corriente poética dominante desde la década de los ochenta, aquella que se centra fundamentalmente en la influencia radical de Octavio Paz. Para Segovia el que la poesía de Aura sea divertida, ingeniosa, inteligente, inventiva e incluso deslumbrante, a veces chapucera, desenfadada, vanguardista y a un tiempo premoderna, urbana, de reiterados homenajes a las muchachas y las calles, y el que el poeta no haya sido monógamo fiel a la poesía y se haya dispersado por los escenarios teatrales, ganado la vida como presentador de programas de televisión, haya sido funcionario universitario y público, conductor de programas variopintos de radio o dueño de un bar célebre en el Coyoacán de los noventa, le ha costado el desaire de la opinión especializada, quien lo ha visto como un poeta de medio tiempo, un escritor sin créditos académicos, sin experiencia en las mesas de redacción, que no ejerce la



Juan Manuel de la Rosa, *Aldea de la infancia*, s/f

traducción ni la crítica, más como una personalidad pública de la cultura que propiamente como un poeta.

Pero la afirmación de Segovia que comparto consiste en decir que Alejandro Aura no parece ser todo lo ya enumerado, que podría ser parte de la construcción de su personaje —muy propia de su vocación de actor—, sino que además es en realidad todas esas cosas. Es un poeta antes que un literato profesional, “no sólo un auténtico poeta —escribe Segovia—, sino también, cosa mucho más difícil (...), un poeta auténtico”. Es decir, un poeta que escribe desde una necesidad genuina de

expresar el mundo (el suyo, se entiende) en términos poéticos, y que en esa práctica es capaz de encontrar momentos de alta lucidez, de verdadera belleza, de certera precisión poética.

Un acierto fundamental de esta presentación de su poesía en la colección *Voz Viva* es la posibilidad de escuchar a uno de nuestros poetas más comprometidamente orales del universo poético mexicano: los buenos lectores en voz alta de sus propios poemas en nuestra poesía se cuentan con los dedos de una mano: Ali Chumacero, Eduardo Lizalde, Aura, Ricardo Castillo y poco más. Sé que Alejandro mantiene una posición llamémosla política en



Juan Manuel de la Rosa, *Barichara*, 2003

cuanto a este tema, como si la falta de vocación de la poesía contemporánea por hacer uso de la voz y la plaza pública coincidiera con el retraimiento general del género, que se retira del foro al mismo tiempo que se va al desván de las librerías y es expulsada prácticamente de la circulación. Leer poesía hoy es una excentricidad que pocos se permiten y un sector amplio del propio mundo de las letras celebra ese hecho como un triunfo de la pureza inaccesible que por fin se ha librado de polizontes indeseables, es decir, de lectores. Aura piensa diferente y su poesía manifiesta una necesidad imperante de comunicación, está concebida en

voz alta, o por lo menos en esa voz que aún cuando se pronuncia en el silencioso rumor de la pluma en la libreta o sobre un teclado, resuena en el interior, a medio camino entre la reflexión íntima y el canto, y que el poeta sigue con un movimiento perceptible de labios.

A diferencia de muchas grabaciones de poetas, donde el poema parece trasplantado de un ecosistema a otro que no le es propicio, los poemas de Alejandro Aura, en su gran mayoría, nacieron para decirse, para entrar en contacto con nosotros, para compartir la fraternidad en torno a la palabra y la voz humana. ①